

Capítulo 1

*L*o que daría porque dejaran de enamorarse de mí.

Leander Knollis, conde de Charrington, reclinó la cabeza contra el alto respaldo de la silla y contempló con expresión sobria el techo en sombras. Era una avanzada noche de noviembre. Sólo el crepitante fuego y las velas prendidas de un candelabro iluminaban el pequeño salón de Hartwell, la encantadora casa de campo que el marqués de Arden poseía en Surrey.

A pesar del tono lúgubre de Leander, el marqués en cuestión no parecía inclinado a las lágrimas de compasión. De hecho, Lucien de Vaux se echó a reír y hasta su esposa, Beth, reprimió una sonrisa.

—¿Qué otra cosa puede esperar un apuesto héroe? —preguntó Lucien.

—Santo cielo, hombre. Habida cuenta de los pocos meses que han transcurrido desde Waterloo, aparecen héroes de guerra hasta debajo de las piedras.

—He dicho un «apuesto» héroe de guerra. Deja de repartir sonrisas entre las esperanzadas jóvenes de Almack's. Conoces bien el poder de tus sonrisas.

Leander le lanzó una cómica mirada de amargura.

—Las raciono convenientemente, Luce. Pero no esperarás que vaya por ahí cortejando con el ceño pintado en la cara.

Los tres se mostraban cómodamente informales. Leander y Lucien se habían quitado la corbata y se habían desabrochado el cuello de la ca-

misa. Beth llevaba una holgada bata de paño con un gran mantón de Norwich sobre los hombros. Estaba sentada en un reposapiés junto a la silla de su esposo, felizmente apoyada en su rodilla y sintiendo su cálida y familiar presencia contra el cuello.

—No sé —dijo, cavilosa, estudiando a Leander con un ligero brillo en los ojos—. Hay algo de irresistible en las almas torturadas. Diría que nosotras, las damas, creemos que somos las únicas capaces de proporcionar el consuelo necesario. Ninguna mujer puede resistirse a semejante desafío.

—No presento ningún desafío —protestó Leander—. He sido un auténtico ejemplo durante estas últimas semanas. Saco a bailar a las feas del baile, soy cortés con las chaperonas y no me muestro en exceso nervioso en mi búsqueda de esposa.

—En ese caso te sugiero que elijas esposa a la mayor brevedad —intervino Lucien—. Sé de buena tinta que el matrimonio hace la vida más comfortable en numerosos aspectos.

Sus dedos transmitieron un mensaje secreto entre los rizos que cubrían la nuca de Beth, y ella alzó la vista con una sonrisa en los labios.

Eran todavía recién casados, al menos así lo pensaban ellos. La boda se había celebrado en junio, aunque en realidad el matrimonio propiamente dicho no había dado comienzo hasta unas semanas más tarde, y un cúmulo de otros acontecimientos habían conspirado para impedirles partir de luna de miel hasta septiembre.

Y ahora, tras apenas seis semanas de feliz intimidad, un inesperado invitado había llamado a su puerta.

Hasta esa noche Leander Knollis, conde de Charrington, miembro reciente de la Guardia, había sido tan sólo un nombre para Beth. Sin embargo, el conde era uno de los miembros de la Compañía de los Pícaros, por eso no le había sorprendido que Lucien le hubiera invitado a hacer libre uso de su retiro campestre.

Era el emprendedor Nicholas Delaney quien había creado en sus orígenes la Compañía de los Pícaros. Delaney había reunido a doce muchachos cuidadosamente seleccionados y había formado con ellos una

sociedad protectora. Durante los años de estudios los trece se habían defendido entre sí contra la injusticia y el acoso. Desde entonces, se habían convertido básicamente en un grupo social que se reunía cuando la ocasión lo permitía, aunque se daba por hecho que el vínculo entre los miembros del grupo seguía vigente. Cualquiera de sus miembros podía acudir a los demás en caso de necesidad.

Beth estaba familiarizada con siete de los Pícaros, y otros tres habían muerto en las guerras contra Napoleón Bonaparte. Los dos restantes eran Simon St. Bride, que ocupaba un cargo administrativo en Canadá, y Leander Knollis. Lo único que sabía de él era que había renunciado a una prometedora carrera diplomática para unirse al ejército, que había sobrevivido a Vitoria, Toulouse y Waterloo, y que estaba en ese momento intentando encontrar esposa y repudiaba el hecho de que todas las jóvenes damas se enamoraran de él.

Al huir de Londres y de la Pequeña Temporada Leander había decidido, cómo no, acudir al Pícaro más próximo: Lucien.

—Estaría encantado de elegir esposa —dijo Leander empleando un tono ligeramente afilado—. Creía que el mundo estaba lleno de hembras a las que sólo les importaba el dinero y los títulos. Y heme aquí, preparado para poner sin reservas ambas cosas a los pies de la dama adecuada, siempre, claro está, que no se enamore de mí.

—¿Y todas lo hacen? —preguntó Beth sin disimular su escepticismo. En su opinión, Leander Knollis era un poco demasiado rimbombante como para que le tomaran en serio.

Leander la miró.

—Parecéis una mujer sensata. ¿A que vos no os enamoraríais de mí?

Beth le miró —y lo hizo detenidamente— por vez primera. Descubrió que no estaba segura de su respuesta.

Al verla vacilar, Leander soltó un gemido y se puso en pie. Luego tiró de Lucien hasta que lo tuvo de pie a su lado.

—¡Miradnos! ¡No soy un hombre especialmente apuesto!

Beth los estudió. La comparación resultaba poco justa, pues Lucien

era ridículamente apuesto, y la opinión no era simplemente fruto de su parcialidad de esposa. Incluso la primera vez que le había visto, cuando le había temido y odiado, le había comparado en silencio con un dios griego. Medía poco menos de un metro noventa, tenía unos rasgos definidos, rizos dorados y unos ojos y unas pestañas hermosos que ella codiciaba para sus hijos todavía no concebidos.

Lord Charrington era una cabeza más bajo. Aunque de buen porte y elegante, no había nada extraordinario en él salvo un ligero aire extranjero, cosa por otro lado en absoluto sorprendente, pues había nacido fuera del país. Beth no estaba segura de qué era lo que creaba en él esa impresión continental, pues su ropa, su discurso y sus modales eran en su conjunto puramente ingleses. Quizá fuera el ocasional gesto elocuente, el cúmulo de palabras con las que envolvía una simple afirmación o las volubles expresiones que a veces podían parpadear sobre sus delgados rasgos.

El caballero inglés medio era mucho menos versátil.

Aparte de esos manierismos, lord Charrington era un hombre bastante común. Tenía el pelo de un color marrón tan común como el de ella, aunque él lo llevaba ya bastante largo, un estilo que resultaba atractivo por el aire de descuido que denotaba.

Pero estaban también sus ojos.

Si bien los de Beth eran de un simple tono azul, los de él eran de un color pálido y extraño, quizá de un tono miel claro. Costaba saberlo a la luz de las velas. Ligeramente hundidos y entrecerrados, conservaban sin embargo una brillante intensidad que llamaba la atención y, muy probablemente, prendía en el corazón. Los ojos del conde brillaban al tiempo que contenían sombras que sugerían ocultas aflicciones. Sin duda era un efecto provocado por lo hundidos que los tenía, aunque, junto con ese aire continental, daba lugar a una fascinante combinación.

Leander Knollis era al mismo tiempo *diferente* y *lastimado* y, añadió Beth para su propia sorpresa, también *peligroso*.

No es que fuera, para decirlo con exactitud, físicamente peligroso, como Lucien, sino formidable en sus secretos y también en su voluntad.

Beth se sacudió de encima sus cavilaciones, sin duda producto de la avanzada hora y del oporto que había tomado.

—No, no sois especialmente apuesto —dijo—, pero no me extraña en absoluto que una mujer pueda fácilmente entregaros su corazón...

—Basta —la interrumpió Lucien—. ¿Tengo acaso que echarle?

Beth le sonrió.

—Estaba a punto de añadir: «Siempre que ese corazón esté libre».

—Se volvió a mirar al conde—. Decidme, mi señor: ¿Por qué os oponéis a que una joven dama a la que cortejáis se enamore de vos? Debería ser algo altamente deseable.

—Quizá si me hubiera decidido ya por alguna.

—¿Sólo quizás?

Lord Charrington volvió a ocupar su asiento con un suspiro y ella creyó que no le respondería. Indudablemente a Leander le incomodaba sobremanera hablar de sus emociones. Pero entonces dijo:

—Al parecer, carezco de la capacidad que exige el amor romántico.

Jamás lo he experimentado y dudo por tanto que llegue a hacerlo ya.

—Se encogió de hombros—. No puedo imaginar nada peor que atarme a una mujer de por vida que me adore cuando a mí ella me importa menos que mi caballo favorito.

La declaración resultó impactantemente sincera y Beth guardó silencio. Por instinto buscó la mano de Lucien.

Fue precisamente éste quien dijo:

—No recuerdo que hayas sido nunca famoso por tu celibato.

Leander alzó la vista.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—¿Y todas esas mujeres se enamoraron de vos?

Leander miró a Beth.

—Creo que quizá deberíamos dejar esta conversación para más tarde.

Tras un instante de silencio, Lucien se rió.

—¿Por temor a ofender los delicados oídos de mi señora? Tiene más arrestos que tú.

Leander pareció realmente perplejo.

—¡Lucien! —exclamó Beth—. Sólo porque sea admiradora de Mary Wollstonecraft, eso no significa que tolere la vulgaridad.

Lucien le dedicó una mirada en la que brillaba cierta sombra de desafío.

—Ya te lo he dicho: te trataré como a una igual o como a una dama en un pedestal. Tú eliges.

Beth decidió dar por zanjado el asunto. Esas difíciles cuestiones todavía no habían quedado del todo acordadas entre ambos, y quizá jamás llegarían a estarlo. Lucien y ella se las ingeniaban para convivir con ellas. Sonrió al conde.

—A decir verdad, mi señor, no me haría ninguna gracia que me protegieran, sobre todo de asuntos tan comunes como las aventuras amorosas de un caballero.

Aunque sus cejas se arquearon, el conde dijo:

—Os aseguro que no hay nada de común en las mías... Sin embargo, si debo permitirlos entrar a mi habitación, insisto en que ceséis de mostrarnos tan formal. Mi nombre, como bien sabéis, es Leander. Mis amigos me llaman Lee.

—Y el mío es Elizabeth. Mis amigos me llaman Beth. Bien, Lee, contadnos por qué las amantes que habéis tenido hasta ahora nunca se han enamorado de vos.

Leander tomó un vacilante sorbo de su copa.

—Para seros sincero, Beth, no estoy seguro de que no lo hicieran, lo cual me incomoda. No me gusta verme como un hombre cruel ni desconsiderado. —Se encogió de hombros—. Pero así es como funciona el mundo. Un hombre soltero se lleva a su cama a mujeres casadas o a furcias. No espera que se enamoren de él. Sería algo singularmente fútil.

—¿Creéis pues que el amor obedece al control humano?

Las miradas de ambos se encontraron.

—Sí, así lo creo, al menos en lo que concierne a la evitación del amor insensato. Sin embargo, temo que no sea posible obligarnos a

amar. De ser así, yo estaría ya postrado a los pies de Diana Rolleston-Stowe, que es de noble cuna, inteligente, sana y poseedora de treinta mil libras.

—Además, según tengo entendido, de ser una de las damas que bebían los vientos por vos. Aunque si el amor se reprime con tanta facilidad, ¿por qué está Diana enamorada de vos? Lo único que ha conseguido con ello es ahuyentarlos.

Leander captó el tono satírico del comentario y sonrió sin alegría alguna.

—Ah, pero ése es el error de nuestra actitud romántica de hoy en día. Tiempo ha, podía concertarse un matrimonio sin prestar demasiada atención a los sentimientos. Todo muy civilizado. En los degenerados tiempos que vivimos, las jóvenes creen que deberían enamorarse de sus maridos, de ahí que en cuanto un *parti* elegible demuestra sus atenciones a una de ellas en particular, la joven dé rienda suelta a su corazón. Todavía no he descubierto el modo de mostrar siquiera un moderado interés marital sin activar esa respuesta.

Lucien intervino entonces en el debate.

—Deberías fingir que te casas por dinero.

—Lo intenté con la señorita Rolleston-Stowe. No hubo la menor diferencia. Obviamente, ser poseedor de una gran fortuna y de Temple Knollis poco ayuda en mis intentos por fingirme un cazadotes. —Sus rasgos expresaron que se estaba mofando de sí mismo, una actitud que enfatizaron sus manos abiertas—. Soy un conde rico que recientemente se ha visto liberado del combate en las guerras, y sólo tengo veinticinco años. ¿Quién iba a creer que he escogido a una joven dama por otros motivos que los que dicta el corazón?

A Beth le interesó observar que lord Charrington se mostraba más afectado cuanto más se acercaban al quid del problema. Había dejado que fuera Lucien quien hiciera la pregunta obvia.

—Entonces, ¿por qué las seleccionas?

La expresión del conde se desdibujó y Beth supo en ese momento que mentiría, o que al menos evitaría responder.

—Soy hijo único. Las batallas me han dado pruebas evidentes de que la vida es algo fortuito. Creo que debería casarme.

—Por otro lado —contraatacó Lucien con suavidad—, tienes, si no me equivoco, un buen número de primos.

Por difícil que pueda parecer, la expresión del conde se volvió más velada si cabe.

—Sí. Mi tío ha tenido once hijos, diez de ellos vivos. Ocho varones. El apellido y el título corren obviamente escaso peligro.

—Bien, mi consejo es que durante un tiempo dejes a un lado cualquier asunto que tenga que ver con el matrimonio. Nada bueno saldrá de acelerar las cosas. Si te das un tiempo, encontrarás una mujer que consiga provocar en ti sentimientos más profundos.

—Pero es que quiero casarme ahora.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

Hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento. No estoy siendo demasiado justo, ¿verdad? Me presento aquí de improviso pidiendo ayuda y luego no hago más que poner objeciones. Tengo mis motivos, Luce, aunque no afecten al tema que nos ocupa. Es simplemente la necesidad de casarme y sentar la cabeza. —Una sonrisa arrepentida le iluminó la cara de un modo extraordinario. Hasta Beth, blindada por el amor que sentía por Lucien, sintió que el corazón le daba un pequeño vuelco—. No debería haberme presentado aquí de este modo en respuesta a un simple ataque de miedo.

Se levantó.

Lucien le imitó.

—No puedes ir a ninguna parte a estas horas de la noche.

—Por supuesto que puedo. Hay luna llena.

Lucien dejó su copa sobre la mesa.

—Abandonarás esta casa por encima de mi cadáver.

Los ojos de Leander se iluminaron.

—¿Una pelea?

Beth se puso en pie de un brinco. Conocía bien a los Pícaros.

—Como empecéis una pelea os vais fuera de aquí ahora mismo. Lee,

son más de las diez. Dormiréis aquí, no se hable más. Mañana, si lo deseáis, mandaré que os acompañen a los establos. Pero sois más que bienvenido a quedaros. Creedme.

Leander la estudió durante un instante y la dulzura que asomó a su expresión le robó ciertamente un minúsculo rincón de su corazón. Era infantil y entrañable, pero tras ella habitaban las sombras y esa amenaza de peligro. No era de extrañar que los capullos de Almack's hubieran caído marchitos a sus pies. Leander le tomó la mano en un gesto claramente extranjero y depositó sobre sus nudillos un beso cálido como el terciopelo.

—Sois una joya. ¿Por qué no puedo encontrar una mujer como vos?

—Lucien me encontró en una escuela, no en un salón de baile —declaró Beth severamente, intentando disipar el efecto que él provocaba en ella—. Quizá deberíais buscar allí. Y no sobreestiméis mi sensatez, señor. Si me hubierais cortejado, sospecho que hasta yo me habría derretido como las demás.

Lucien tiró de ella, separándola del conde.

—He cambiado de idea, Lee. Puedes marcharte cuando quieras.

Más tarde, con su invitado ya instalado y ellos en su dormitorio, Lucien miró a Beth.

—¿Podrías haberte enamorado de él?

Beth disimuló una sonrisa. Todavía la asombraba lo celoso que se ponía, cuando era el hombre más apuesto y deseable de toda Inglaterra, y ella la más común de las mujeres.

—En mis tiempos de maestra no estaba demasiado abierta al amor, pero sí, creo que podría.

Lucien frunció el ceño.

—¿Por qué? Fuiste diabólicamente reticente a enamorarte de mí, y no carezco de los encantos esenciales.

Beth se despojó del salto de cama de satén.

—Pero es que tú eras mi opresor. Es difícil amar a un conquistador,

por muy apuesto que sea. Empecé a amarte cuando vi que también tú eras una víctima.

Lucien la cogió de los hombros. Había en sus ojos un destello de ira.

—¿Estás diciendo que es lástima?

Beth soltó una carcajada.

—Lucien, incluso en tus peores momentos jamás fuiste objeto de lástima salvo por haberte enredado conmigo. —Deslizó los brazos alrededor de su cuello—. Pero empecé a ver que me necesitabas. Y es agradable sentirse necesitada.

Lucien la envolvió en un cálido abrazo.

—Entonces, ¿dónde está la magia de Lee? Siempre ha sido condenadamente independiente y nunca ha necesitado nada ni a nadie. Como un gato. Un gato persa, elegante y de noble cuna. Y últimamente tiene el mundo en sus manos.

Beth se recostó cómodamente contra sus hombros.

—O eso parece, mi amor. Pero hay en él una gran carencia. No sé lo que es, pero es como un enorme agujero. Creo que eso es lo que derrite a todas las mujeres de Almack's. Todas desean llenar ese agujero.

Lucien se rió entre dientes.

—¿No será que prefieres ser tú quien esté en su lugar?

Beth se sonrojó, cosa que la sorprendió tras meses de matrimonio.

—Eres un hombre malvado. —Se deshizo de su abrazo y le dedicó una sonrisa traviesa. Luego se quitó los tirantes del camisón de satén, dejándolo caer hasta la cintura—. ¿Vas a demostrarme una vez más que un hombre malvado es la única clase de hombre que merece la pena tener?

Lucien la estrechó entre sus brazos y se inclinó hacia atrás, de modo que Beth quedara expuesta a su boca.

—Por siempre jamás —murmuró contra su seno.

—Amen —jadeó Beth.

No consiguieron llegar a la cama.

Beth miraba los ojos negros y saciados de su esposo cuando despegó del suyo su cuerpo caliente y pegajoso. Habían llegado incluso a rodar

fuera de la alfombra por el suelo de roble hasta la ventana. Él estaba tumbado en el suelo. Ella encima.

Beth le apartó el pelo mojado de la frente.

—Te quedarán las marcas de las láminas de madera en la espalda.

—Cosa que no hace sino confirmar que la galantería no ha muerto.

—Le puso las manos a la cabeza y la besó con pasmosa dedicación—. ¿Cuándo fue la última vez que te dije que te amo?

—Hace unas horas.

—Soy un canalla descuidado. Quizá deberíamos ayudar al pobre Lee. El matrimonio es un maravilloso invento.

—¿Ayudarle a que acceda a un matrimonio sin amor? Eso no sería en absoluto bondadoso. —Beth trazó con los dedos los hermosos rasgos de Lucien—. ¿Cuándo fue la última vez que te dije que te amo?

—Hace unas horas.

—Te amo.

—Te amo.

Se besaron. Como pudieron, llegaron a la cama. Volvieron a hacer el amor.

Prácticamente dormida, Beth masculló:

—La Viuda Llorona.

—¿Qué?

Se espabiló lo suficiente como para poder explicarse.

—Si Lee realmente quiere un matrimonio sin amor debería casarse con la Viuda Llorona. Cualquier mujer que haya adorado a su primer marido con la misma devoción que Judith Rossiter, será capaz de resistirse incluso a Leander Knollis.

—No seas boba —dijo Lucien, abandonándose al sueño—. No es más que un capricho pasajero. Leander no tardará en entrar en razón.

Pero el conde no pareció cambiar de parecer.

Tras verse presionado, accedió a quedarse unos días y resultó ser un huésped mediocre. Era cortés, encantador y considerado, y sabía cuándo

desaparecer. Beth empezó a poner en duda las sombras que había percibido durante la primera noche.

Y Lucien había estado en lo cierto sobre su autosuficiencia. Si, tal y como había dicho Donne, ningún hombre es una isla, Leander Knollis se acercaba mucho. Se movía entre los días como un avezado cortesano: encantador y dando muestra de los modales más exquisitos, pero sin el menor atisbo de compromiso.

A Beth no le sorprendió en absoluto enterarse de que la primera carrera de Leander había sido la diplomacia, siguiendo el ejemplo de su padre. El último conde de Charrington había sido famoso por su facilidad para verter aceite en aguas turbulentas y había dedicado su vida a su profesión. Sin duda Leander había heredado su don y había sido educado para llevar esa misma vida. Había nacido en Estambul y se había criado por doquier. No había visitado Inglaterra hasta la edad de ocho años.

Su siguiente visita a Inglaterra había sido a los nueve años y *en route* a Harrow.

—Y —le confesó a Beth un día en la rosalada— no estoy seguro de que hubiera sobrevivido de no haber sido por Nicholas y los Pícaros. No sé por qué me eligió a mí, pero le estaré eternamente agradecido. Podía lidiar con reyes y príncipes de cualquier nacionalidad, pero no tenía la menor idea de cómo relacionarme con los demás niños y tenía un lamentable desconocimiento de toda suerte de costumbres inglesas.

Hacía un hermoso y soleado día para el mes de noviembre y Beth cazaba furtivamente en los dominios del jardinero cortando las últimas hojas muertas de las rosas.

—Me parece un poco irreflexivo por parte de vuestros padres haberos enviado a Harrow tan poco preparado.

—Oh, tuve a los mejores tutores. Hablo ocho idiomas.

Beth alzó bruscamente la mirada. No era ni de lejos una respuesta a lo que implicaba su pregunta. Beth tenía la impresión de que siempre que los padres de Leander aparecían en una conversación, ésta daba un diestro giro. Eso era algo que a Leander se le daba bien, muy bien, pero ella lo había notado. Decidió sondearle.

—¿Cuándo murió vuestro padre? —preguntó.

—Hace un año, en Suecia.

—¿Y vuestra madre?

—Tres años antes, en San Petersburgo.

A pesar de que Leander no estaba evadiendo sus preguntas, había en su actitud una evidente contención. ¿Pensaba acaso en su vida solamente en términos geográficos? Quizá carecía de cualquier otro hito fijo.

Beth dejó la cesta llena de hojas muertas para que el jardinero se deshiciera de ellas y echó a andar de regreso a la casa al tiempo que se quitaba los guantes.

—Supongo que no les veríais demasiado durante vuestros años de colegio. ¿Dónde pasabais las vacaciones? ¿En Temple Knollis?

Leander le sostuvo abierta una de las puertas de la cristalera.

—No. Mi abuela materna tenía casa en Londres y una finca en Sussex. Pasé también algún tiempo en compañía de alguno de los Pícaros. Nunca hubo el menor problema. Siempre fui un huésped bien recibido.

Un huésped profesional, para ser más exactos. «Pero —pensó Beth—, ¿dónde estaba vuestro hogar?» Ella se había criado en cierto modo como una niña abandonada en la Escuela de Señoritas de la señorita Mallory de Cheltenham, aunque la escuela se había convertido para ella en un hogar, porque era permanente y gracias también al sincero afecto que existía entre la señorita Mallory y ella. ¿Había Leander Knollis tenido alguna vez un hogar de alguna clase?

Sospechando que sería más acertado hablar del tiempo, dijo:

—Supongo que habría sido un largo viaje hasta allí, pero es una verdadera lástima que no hayáis podido pasar algún tiempo en Temple Knollis. Dicen que es una de las casas más hermosas de Inglaterra.

Leander se detuvo sobre sus pasos y Beth vio que sus ojos tenían de nuevo esa expresión vacía. El silencio se prolongó demasiado entre ambos hasta casi convertirse en motivo de turbación. Luego él dijo:

—Mi padre odiaba el Temple y me crió con el mismo sentimiento: que era un estúpido capricho, además de un despilfarro, por no decir peligroso. No conocí la casa hasta principios de este año, a mi regreso a

Inglaterra —le espetó, levantando levemente la barbilla y Beth sospechó que por una vez había dicho más de lo que pretendía.

Había algo allí que necesitaba salir a la luz.

—¿Y os parece hermosa? —preguntó ella, simplemente buscando una reacción.

Leander la miró a los ojos, pero todas las barreras estaban perfectamente colocadas.

—Desde luego —respondió—. Es sin duda muy hermosa. Disculpame.

Y sin dar más explicaciones, se marchó.

Beth fue cavilosa en busca de Lucien y dio con él en las cuadras.

—¿Qué sabes de Temple Knollis? —le preguntó.

Lucien no apartó la vista del casco del caballo que en ese momento estaba examinando. Iba en mangas de camisa y estaba muy sucio. A Beth seguía llamándole la atención el modo en que a los caballeros les gustaba jugar a ser mozos de cuadra.

—¿El Temple? Así es como Lee siempre se refería a ella. Intuyo que a su padre el lugar no le gustaba y que por eso nunca la visitaron. En cualquier caso, apenas estaban en Inglaterra y el primer conde, el abuelo de Lee, no murió hasta alrededor de 1810, de modo que ni siquiera era su casa.

—Pero obviamente Lee iba a heredarla algún día. Es lógico pensar que todos habrían deseado que se familiarizara con ella.

—Algo me dice que su abuelo intentó por todos los medios llevarle allí. —Lucien terminó su tarea y se incorporó—. ¿A qué viene tanto interés?

—Leander acaba de decirme que desde muy pequeño le enseñaron a odiarla.

Lucien asintió.

—Podría ser. Siempre ha sido muy cerrado en lo que a su familia se refiere y no iba a ser yo quien le apremiara a hablar. Mi relación con mi padre no se caracterizó precisamente por su afecto. —La miró socarronamente—. ¿Sabes una cosa? Creo que te estás volviendo entrometida.

Está claro que se tercian unas cuantas lecciones de griego para elevar tu mente a un plano superior.

Aunque Beth era una gran conocedora del latín, jamás había estudiado griego y Lucien estaba enseñándole, pero con cierta pereza. Sin embargo, y por el momento, ella no sentía el menor interés por la disciplina académica.

—Espero que mi mente no esté nunca por encima de la fortuna de mi hombre. Algo turba a tu amigo.

Lucien recobró la sobriedad.

—Eso parece, sí. Pero dudo mucho que haya algo que nosotros podamos hacer salvo estar a su lado por si nos necesita.

—¿Por qué será que los hombres siempre adoptáis esa actitud? Hay muchas cosas que podríamos hacer. Por ejemplo, podríamos hablarle de la Viuda Llorona.

Lucien fue a lavarse las manos en un cubo.

—Oh, no vuelvas con eso. Leander no ha mencionado el matrimonio desde la primera noche que estuvo aquí, y si todavía siguiera insistiendo en ello, la señora Rossiter difícilmente sería una candidata. Tiene dos hijos pequeños, guarda luto tras la muerte de su marido y debe de ser unos años mayor que él.

—Por supuesto que no.

Lucien se volvió, secándose las manos con un trapo.

—¿Y qué edad crees que tiene?

Beth se quedó pensando.

—Parece más joven que yo...

—Eso es porque tiene esos ojos enormes. Pero piensa: su hijo acaba de cumplir once años.

—Cielos. En ese caso, debe de rondar los treinta. —Beth suspiró—. Y yo que había decidido que sería la respuesta a las plegarias de todos nosotros. Aunque es demasiado orgullosa para admitirlo, debe de estar pasando espantosos apuros económicos. Me sorprendería que ese soñador poeta suyo le hubiera dejado una sola guinea. Aunque muy reservada, creo que podría tenerle simpatía si dejara de verme como la *Grande*

Dame local. Y si Lee realmente desea un matrimonio sin amor, ella sería ideal.

—¿A quién os referís?

Beth se volvió, culpable al ver a su huésped en la puerta de las cuardras.

—Siento haber escuchado a hurtadillas —dijo—, pero es imposible resistirse al sonido de tu propio nombre. ¿Debo entender que tenéis a una candidata para mi mano?

Aunque el tono era marcadamente desenfadado, Beth percibió en él un interés serio. Lo que motivaba a Leander Knollis no era desde luego un simple capricho que no tardaría en quedar olvidado. A propósito, evitó mirar a Lucien.

—Eso creía, pero Lucien ha decidido que bajo ningún concepto es una candidata elegible.

Leander arrancó una brizna de paja de una bala y la hizo girar entre los dedos.

—Seguro que lo es bajo algún concepto. Sois demasiado inteligente para no fiarme de vuestro criterio, Beth. ¿Qué es lo que hace elegible a la dama?

Beth se encogió de hombros.

—Es hartito improbable que vaya a enamorarse de vos. Es la protagonista del melodrama local. Estuvo casada con Sebastian Rossiter, un poeta que alquiló Mayfield House, una casa del pueblo. Murió antes de que yo me casara con Lucien, de modo que no llegué a conocerle, pero en un santiamén cualquiera de los vecinos os contará la conmovedora historia.

—Te dejará al borde de la náusea —intervino Lucien, poniéndose la chaqueta—. Sebastian Rossiter era un soplo de viento soñador de largos rizos rubios —juraría que se los moldeaba con rulos de papel— y unas manos largas y blandas. Me sorprende que haya sido capaz de engendrar a dos niños.

—Era muy bello —le corrigió Beth con firmeza—, o eso dicen las mujeres del pueblo. Era además gentil, bondadoso, generoso y sentía

adoración por su esposa. Estaban locamente enamorados y jamás se separaban. Él escribió prácticamente todos sus poemas sobre ella, o se los dedicó. Creo que uno tuvo cierto éxito. «Mi angelical esposa.»

Lucien citó emotivamente:

—«Aunque los ángeles pueblan los cielos/ y se inclinan a consolar todo humano suspiro/ el hombre vive desolado en esta inhóspita tierra/ sin un Ángel a su lado.» —A pesar de que su declamación no estaba desprovista de cierto tono satírico, ni siquiera él pudo arruinar del todo la hermosura del sentimiento—. Pero hay más. Veamos... —dijo, reflexivamente—. «Mi Judith espera en la pura luz de Dios/ y abraza a nuestro pequeño contra su blanco pecho./ Y el rocío que la refulgente hierba perla/ la envidia de los Ángeles al pasar refleja.»

—Desde luego no podría competir con eso al cortejar a una dama.

Lucien negó con la cabeza.

—Renegaría de ti si lo intentaras.

—Y bien —dijo Leander—. ¿Cuáles son los impedimentos al enlace?

—Dos hijos —respondió Beth.

—¿De qué edades?

—Un niño de once y una niña de seis.

Lee lo pensó y dijo:

—No veo en ello ningún problema. El niño es lo bastante mayor para que no se confunda con nuestros propios hijos ni con la herencia. De hecho —añadió con un repentino e inexplicable brillo en la mirada—, me gustaría encontrar una familia ya formada.

Beth y Lucien cruzaron una mirada.

—Lee —dijo Lucien—, piensa en la edad que debe tener.

Lee pareció pensarlo de nuevo.

—¿Más de treinta?

—Supongo que no tantos, pero tú sólo tienes veinticinco.

—¿A qué viene tanta alharaca? Casi todas mis amantes han sido mayores que yo. De hecho, el firme consejo de mi padre era que jamás me relacionara con mujeres más jóvenes, al menos hasta que cumpliera los treinta. Tendría que haberle escuchado. Si hubiera salido a buscar esposa

entre las mujeres mayores desde el principio, sin duda habría tenido más oportunidades de dar con una sensata, una lo suficientemente sabia como para no ponerse en evidencia por mí.

Asintió, visiblemente satisfecho.

—Los matrimonios de conveniencia siguen siendo comunes en el continente. La noción no me incomoda. Siempre que la viuda esté aún en condiciones de darme unos cuantos hijos, me trae sin cuidado su edad. Sin embargo, no veo motivo alguno por el que la dama vaya a considerar mi propuesta si, como decís, llora todavía la pérdida de su esposo.

Beth fue sucinta.

—Por dinero.

—¿Acaso no es lucrativa la poesía?

—Es de suponer que no, aun a pesar de que «Mi angelical esposa» estuvo hace unos años en labios de todas las colegialas sentimentales. Supongo que no todo el mundo puede ser Byron. Cuando el señor Ros-siter murió, su viuda tuvo que dejar Mayfield House y trasladarse a una casa en el pueblo. Creo que es miembro de la familia numerosa de un vicario y que poca es la ayuda que puede esperar por ese lado. Su hijo roza ya una edad en la que precisa una educación y un primer espaldarazo en la vida. Es posible que ella haya podido ahorrar algo de dinero para el futuro de sus hijos, aunque lo dudo.

Lee se inclinó sobre la puerta de una de las cuadras y acarició el hocico de un caballo.

—Debo confesar que parece una situación perfecta para mis necesidades. —Miró a Lucien—. ¿Qué es lo que tanto te molesta?

—Por mí, puedes irte al mismísimo infierno en una carretilla —replicó secamente éste—. Pero no soy de la opinión de que el amor en el matrimonio deba desestimarse tan a la ligera —añadió, poniendo una mano en el hombro de Beth.